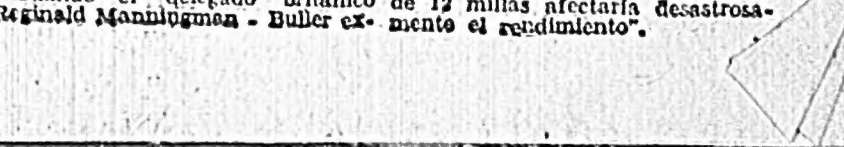


La mayor parte de él procede de la operación en aguas distantes y con flotas especiales... un límite de 12 millas afectaría desastrosamente el reglamento".



VICTORIA DE LA EUCARISTIA

cló y se hizo en brazos de misioneros católicos, desde marzo de 1934.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO" (detalle de la figura del Salvador).



sobrepasar la actual e irresistible atracción que los fieles sienten hacia Jesús-Escarnido. Parcelera como que los cristianos del siglo XX, advirtiendo que la tentación y la muerte acechaban hoy día en las grandes ciudades más traicionante que en otras épocas, quisieran prevenirse contra el pecado mediante el antiféptico espiritual que es la sagrada comunión, o argumentar a bien morir tomando el Vático. Podrían ser también que el cristiano moderno, consistente de su fidelidad moray de los anécdotos tiempos por los cuales está pasando, busque en la Eucaristía la fuerza necesaria para sobrelevar los crudos embates de la vida contemporánea. Pero sea uno u otro el sentimiento que en este siglo rumba, a los fieles hacia el Tabernáculo, lo cierto es que la cristiandad moderna se alimenta con creciente fervor del pan de vida eterna.

—Como la Eucaristía junto con el amor a la Santa Sede constituyen las dos faces del amor a la persona de Juan Pablo II —como dijo Mons. Bouscand—, "La Eucaristía y el Papado son las dos formas de presencia en la tierra del Rey Eternado que se completan y complementan mutuamente dándonos a Cristo por entero, tal como vivió hace veinte siglos y tal como sigue y seguirá viviendo en su Iglesia hasta el fin del mundo". Y estos dos amores constituyen — hoy más que nunca — el centro y el contenido del auténtico cristianismo.

—Es bajo la influencia de la comunidad reciente que actualmente se desarrolla la spiritualidad. El protestantismo que no quiere ver en

ESUS

no pazo; como pila un río;
la bodega azul;
la bodega azul;
quadre: "Dios mio"
que Jesús.

espíritu; su alfombra, las flores
bañadas en luz;
dulces pecadores;
"¿por qué no a flor?"
que Jesús.

"Amamos," Su ley de consensos:
"Amores," "Crecer, la salud;
que todos los ángeles,
que Jesús.

de la cruz;
de las cosas
seres humanos
todos hermanos...
que Jesús.

URBAL GENT.

...ne murieron. Quien coma este pan vivirá eternamente" (Juan VI, 35-59).

INTERPRETACION DE LA SEMANA SANTA SEVILLANA

por JUAN CARLOS URTA MELIAN



NUESTRA SEÑORA DE LA AMARGURA

MEDITANDO sobre esta época de exploraciones siderales, cohetes y satélites artificiales, hemos pensado con cierta tristeza en la falta de vocación del hombre actual por surcar los espacios de su propia alma. Empresa apasionante que siempre nos ha inquietado.

Hoy, exponiéndonos al desprelo de todos los hombres serios del mundo, nos vamos a entregar a una tarea casi infantil: trataremos de penetrar en el secreto de un satélite entrañable que desde hace algunos años gira obstinadamente en nuestro espíritu, colocado en su órbita por el impulso de una emoción perdurable. Es un complejo recuerdo elaborado con luces y sombras, vida y muerte. Y en consonancia con nuestra anacrónica ingenuidad, paupérrimos de sabiduría atómica, podemos comenzar como en los cuentos de infancia: fue una clara primavera, en Sevilla, hace algunos años...

Sin esperar ninguna decisión de la ONU, los naranjos del Patio de la Catedral, sencillamente, em-

pezaron a florecer; un perfume tenue, con estrategia impecable, fue invadiendo la atmósfera transparente, en la conquista más delicada y completa que hemos podido presenciar; los rosales ostentados de don Miguel de Mafara comenzaron a florecer una vez más en su rincón apacible de la Caridad y los azahares serenos le pusieron una corona de novia a la pequeña Plaza de Doña Filicia; en los patios, las cancelas de rígido encaje eran más etéreas y vulnerables que nunca al aire y a la luz y en el murmullo de los surtidores se podían escuchar verdaderos de Juan Ramón; las mujeres de mármol inmaculado que rodean a Bequer en el Parque de María Luisa tenían una moribunda y un ensueño casi humano; la Giraldilla mora y cristiana, parecía cantar y rezar alternativamente, agudizada aún más, en la apoteosis de la luz, su vocación de cielo... La suntuosa compañía de Antonio Machado nos llevó una mañana de aquel año por las calles de Sevilla hasta el "muerto" claro donde madura el

limonero" y allí, entre las flores de su Palacio de las Dueñas, nos entregó la sonrisa de su comentario insuperable:

"La primavera ha venido, nadie sabe cómo ha sido... Sin embargo en aquel ambiente jubiloso y estremecido de vida, luz y color, Sevilla nos iba a ofrecer, paradójicamente, el espectáculo más alucinante de muerte y misterio. Cristo, en su supremo holocausto siempre vigente, iba a desfilarse por sus calles una vez más, ya camino del Monte trágico o ya definitivamente clavado en el madero; uno, en su sublime trascendencia y múltiple a través del arte de los geniales imagineros sevillanos. Y destilaría la Santa Madre, diversificada artísticamente en la colección más maravillosa de vírgenes que pueda concebirse, máxima antología del dolor humano. Y destilaría San Juan, y destilaría el Centurio, y destilarían los Apóstoles, y el Cireneo, y las Mujeres..."

Hoy, rememorados en este otoño montevideano, nos complacemos en rescatar de entre los días viejos la emoción de aquellos momentos inolvidables.

No vamos a hacer un relato objetivo y pormenorizado de la Semana Santa Sevillana, tan difundidos han sido ya sus detalles por distintos medios de divulgación. Trataremos, sí, de penetrar en su misterio, en la esperanza de hallar una interpretación que nos satisfaga.

Sin pretensiones de filósofo ni vanidades de erudito, abordaremos el tema con el solo respaldo de una innata aptitud para captar emociones y el privilegio de haber vivido la Semana Santa en Sevilla, intensamente, con fecunda curiosidad y con la técnica de un auténtico sevillano, pues existe, ya lo veremos más adelante, un método vernáculo de observación del espectáculo que es fundamentalísimo para el logro de nuestros propósitos interpretativos.

Al referirse a la tradicional conmemoración hispánica es corriente el hablar, con total desprecisión, de paganismo, de espectáculo carnavalesco, de falta de fervor religioso, hasta de irreverencia. Lo cierto es que se trata de un tema demasiado complejo para jueces tan dogmáticos y comentarios tan ligeros.

Seguimos el consejo de Vaz Ferreira comenzamos por la "asignatura de las palabras". Si al vocablo paganismo se le da un alcance estrictamente religioso, en contradicción con el concepto de espiritual del Cristianismo, se quiere significar con él, idolatría



Salida del Jesús del Gran Poder en la iglesia de San Lorenzo.

materialista de la imagen, somos categricos en nuestro juicio: es absurda la referencia del término a la Semana Santa sevillana. Si por paganismo, en cambio, entendiendo el culto que por la Belleza sentían y practicaban griegos y romanos, en esta acepción más amplia, sí, podría aceptarse, porque la vibración estética de todo el pueblo sevillano es un fenómeno fácilmente aprehensible durante los días de su Semana Mayor. El arte y su captación inteligente y sensible constituyen el espectáculo esencial y predominante de un pueblo con muchos siglos de ejercicio en el campo del espíritu. Pero esa vo-

cación y ese ejercicio deben tener un hito de portada, un punto de apoyo; y por cierto que lo tienen maravilloso y único. Para nosotros las tallas sin par de los imagineros son las carátulas de ese monumento ascético y profano a la vez que es la Semana Santa Sevillana.

No se puede ascender a más altura en el arte de transformar un leño inanimado en Cristo que sufren y vírgenes que lloran. Realismo y humanidad impresionantes. Pero tienen una característica esencial estas imágenes casi milagrosas: a diferencia de la escultura efecista y espectacular, casi estridente de un Juan

de Juni o de un Berruguete, maestros castellanos, que han mordido con furia la madera, las gubias de un Montañés, de un Juan de Mesa, de un Ruiz Gijón, de un Astorga, dan la impresión de madera acariciada sutilmente. El efecto es inenarrable. Las vírgenes sevillanas no son mujeres desesperadas, pero lloran dulcemente. Y en este arte del matiz delicado radica su mayor encanto. Hasta los nombres son un anticipo del concepto plástico: Vírgenes de la Esperanza, de la Amargura, de la Soledad... El mismo carácter puede admirarse en los sublimes Cristos. El famoso Jesús del Gran Poder, obra de Juan de Mesa, recorre las calles de Sevilla como alucinado y abstraído y sus manos no se crispán sobre el madero, sino que se posan sobre él en una calma dulce y resignada. El Cristo de la Expiación de Triana, el no menos famoso "Cachorro", debido al inspirado Ruiz Gijón, se nos aparece clavado en la cruz, pero en lugar de un rictus de agonía, tiene en sus labios el temblor de una oración y en sus ojos maravillosos el brillo de una recóndita esperanza...

Se explica, pues, que un Domingo de Ramos por la noche, soñando en una calleja en espera de un "paseo" procesional, nos haya sorprendido una abuelita sevillana vestida de negro y con cara de cirio, que al ver llegar a la Virgen de la Amargura, con lágrimas en los ojos y voz entrecortada, nos llamó la atención con una frase que es toda una síntesis elocuente y la máxima ratificación de nuestra tesis: "Mie usté señorito... mie usté que bonita val..."

Pero la observación más reveladora para determinar la capacidad artística de este pueblo, se la técnica que se ha creado para "ver" la Semana Santa. El auténtico sevillano no concibe durante esos días una actitud estática, instalándose en una silla de la Campana, o en un palco del Ayuntamiento. Eso queda para los extranjeros inexpertos o para los que por razones circunstanciales no pueden moverse. El auténtico sevillano tiene un concepto incansablemente dinámico de la observación y con inquietud prodigiosa va a ir a sorprender el "paseo" procesional, con un criterio escenográfico, en el lugar exacto donde las imágenes ofrecen un encanto mayor en función del ambiente que las rodea. Es así como corren desde la Alameda de Hércules donde han visto pasar a la Hiniesta,



EL SANTO CRISTO DE LA EXPIACION

hasta San Juan de la Palma para ver la salida de la Amargura; se precipitarán luego desde el Arco de la Macarena, donde han adorado a la Santa Reina morrena hasta la Plaza de San Lorenzo donde, a las dos de la madrugada del Viernes Santo hará su salida maravillosa nuestro Padre Jesús del Gran Poder, entre nubes de incienso y saetas desgarradoras. Y luego correrán para ver al "Cachorro" en el Puente trianero, uno de los momentos más bellos y alucinantes de toda la Semana, cuando se apagan las luces y un único reflector ilumina al Cristo que, sobre la multitud y entre las sombras de la noche, parece desprendido del madero y en actitud de vuelo.

Pero hay otro aspecto que aún no hemos tratado: el pueblo sevillano no solo es espectador; es también actor y su papel lo interpreta con un profundo recogimiento. Junto al drama eterno del Crucificado surge paralelamente el drama circunstancial del Nazareno penitente, que se

lanza a las calles de Sevilla con su cruz a cuestas, constreñido por un círculo de esparto y dejándose sobre las piedras del camino la huella trágica de su planta desnuda y sudorosa. Drama emocionante del pecado y su expiación, de la vocación vital para los gozos mundanos y de la capacidad sublime del arrepentimiento.

¿Y puede calificarse de pagano a un pueblo que por el camino no siempre accesible de la Estética, llega, tras recorrido delictoso, al paroxismo de la emoción mística?

Hoy, acaecidos en la nostalgia de la inefable experiencia, sentimos surgir en la calma melancólica de este otoño montevideano, todas las visiones y todos los perfumes de aquella lejana primavera de Sevilla y en un "paseo" sin historia, dos rosas marchan juntas bajo el pallo de nuestro ensueño: la que la naturaleza prendió en aquellos jardines y la que el lanzazo trágico del romano hroe florecer en el pecho del Divino Jesús.

LA VIRGEN MARIA EN LA SOLEDAD DE LA CRUZ

por GABRIEL FEYLES S. SAL.

STABAT iuxta crucem Iesu Mater eius... Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre... (San Mateo, 27, 56). Con ella se halla también su prima, María de Cleofás, luego María Magdalena, y por fin San Juan, el discípulo amado. De las otras mujeres dice claramente el Evangelio que miraban de lejos: "Estaban también allí, a lo lejos, muchas mujeres, que habían seguido a Jesús desde Galilea, para preocuparse de su asistencia" (San Mateo, 27, 54). Estas dos particularidades no constituyen una contradicción, sino que representan la realidad. Juan, el discípulo amado, era la madre de Jesús, le fue otorgado permiso de acercarse a la cruz del Hijo; es muy posible que Juan, rogando al centurión de guardia, hubiese conseguido este permiso, así como la noche anterior había logrado introducir a Pedro en el palacio de Caifás. No había ley que prohibiera a los parientes aproximarse a los ajusticiados; los soldados hacían guardia a la cruz, para evitar cualquier alboroto, o impedir el demasiado alboroto, pero no alejaban a los curiosos; ni a los enemigos y menos aún a las personas amigas. El centurión había accedido a los ruegos de Juan, acompañando al discípulo adolescente, con una larga mirada de compasión; no tenía corazón de cal y canto; él también poseía una madre; acaso viva aún, pero lejos, allí en Italia; esto se puede afirmar con plena seguridad, porque los lejes militares destacados en Palestina pertenecían todos a la Legión llamada Itálica. Obtenido su consentimiento, María de Cleofás y María Magdalena acompañaron a la Madre de Jesús, hasta el pie de la cruz. En esa hora, en que el Salvador, en medio del patíbulo, en medio de las carcajadas de los soldados, hombres de veta seca y por entrafía, rodeado de espectadores desgarrados y malolientes, llenos de saña, que bullían a rebosar, y la chuzma de los fariseos triunfantes, con la actitud y el impropio alvoso asomándose a los labios, María sintió que acababa de llegar la hora, en la cual había de cumplirse el oscuro vaticinio pronunciado por el anciano Simón, en los primeros días de la vida del Redentor: "Mira, éste está destinado para miña y para resurrección de muchos, en Israel, y para ser el blanco de la contradicción. Una espada traspasará tu misma alma, a fin de que sean descubiertos los pensamientos y los corazones de muchos" (San Lucas, 2, 34).

En la noche del jueves santo, era menester que María estuviese ausente, pues de hallarse cerca de Jesús, el Hijo no habría conocido la tragedia del abandono; casi no habría experimentado la negrura de la traición de Judas; habría velado con él a la sombra de los retorcidos olivares, evitando el sufrimiento de los discípulos sumidos en el sueño, y enajenado el sudor de sangre que había en su frente; el cáliz de la amargura no habría sido agurado hasta las heces. La Virgen aparece en el drama del Calvario, sólo cuando Jesús, clavado en la cruz

de dar honrada sepultura al cuerpo de su primogénito, pues, en ese género de sacrificio, no sólo se mata la víctima, sino que también se la destruye, reduciéndola a cenizas. Por esto, San Gregorio Niseno, al considerar estas circunstancias, exclama: "Horroroso referens tentationis vehementiam et periculum".

Una opinión muy difundida y acreditada por un sinnúmero de cuadros y estampas, hace creer que la Virgen, al contemplar la agonía del Hijo, cayese desmayada por el dolor, abandonándose a los brazos de las otras Marias. Esta creencia parece corroborada por San Buenaventura, que, en sus meditaciones sobre la vida y los misterios de Cristo, al hablar de la pasión, afirma: "Mater comminuta facta est prae angustia... María, a consecuencia de su angustia, llegó hasta el borde de la muerte". El mismo San Anselmo comparte esta opinión, al poner en los labios de la Virgen las palabras: "Nudaverunt filium meum, et ego exanimis facta sum... Quitaron las vestiduras a mi hijo, y yo me abandoné al desmayo". El doctísimo Suárez, examinando este punto a la luz de los principios teológicos, afirma rotundamente que el alma de la bienaventurada Virgen fue tan constante en su sufrimiento y de tal manera sostenida por la virtud de la fortaleza, que no pudo ser quebrantada por el dolor y menos aún ser llevada al exceso de perder el control de su sensibilidad y el uso de la razón, endebles muy comunes en las personas que se encuentran abrumadas bajo el peso aplastante de una amarga desdicha; confirma su aseveración con el texto de San Juan: "Stabat iuxta crucem Iesu, Maria mater eius"; "stabat": de pie, generosa, resignada, al querer de Dios, lacrada por la aflicción, pero con el ánimo intrépido, dueña de su sentimiento. "Stabat", explica San Antonino, obispo de florentina, "verecunda et modesta, lacrymis plena dolibus imbecilla, sed divina voluntati plane confirmis... verecunda et modesta, llena de lágrimas, sumida en los sufrimientos, pero resignada al beneficio de Dios". Tanta era la firmeza de María, añade San Anselmo, que ella misma habría empleado sus manos para crucificar al Hijo y sacrificarlo para la redención del mundo, si ésta hubiese sido la voluntad divina: "Si oportuisset ad implendum voluntatem Dei, ipsa filium in crucem posuisset... Ella misma habría puesto en la cruz a su hijo, si hubiese sido necesario para obediencia a la voluntad de Dios". No se trata sólo de una piedad exagerada, sino de una verdad que se manifiesta en todo su fulgor, al recorrer, en las páginas inspiradas de los libros santos, los ejemplos admirables de fortaleza heroica y de obediencia incondicional a los preceptos de la divinidad. "Toma a Isaac, tu hijo único a quien amas, ordena Dios a Abraham, y ve a la tierra de visión; allí me le ofrecerás en holocausto, sobre uno de los montes que yo te mostraré" (Génesis, 22, 2). Cada palabra de este precepto debió caer como un puñal sobre el corazón del patriarca; él mismo con su mano y no otro, ahí iba de serle verdegado su hijo; ordenando el holocausto, Dios quitaba al padre desdichado hasta el con-

atrocitatem... Me horrorizo al relatar la fuerza de la tentación no inferior a la de Abraham". La fortaleza y constancia sobrehumana de la Virgen, se asentaba sobre un doble fundamento: una fe ilimitada

que le hacía ver, en los dolores de Jesús, la justicia del Padre, el cual, en su Providencia, sabe servir aún de los pecados más grandes de la humanidad para sus fines llenos de justicia y sabiduría, y, en segundo lugar,

en la firme confianza de que todo sufrimiento es un regalo de Dios, según la expresión inspirada de San Pablo: "No deben intimidaros los enemigos, pues esto es la causa de su perdición, mientras para vosotros de salvación, y eso es disposición de Dios; pues se os ha hecho la gracia no sólo de creer en Cris-

to, sino también de padecer por él" (A los Filipenses, 1, 27). La fe y el dolor son los dos grandes dones gratuitos hechos por Dios a la humanidad.

La grandeza del sacrificio de María se puede apreciar aún más confrontándolo con el sacrificio de la madre Macabea, la cual: "Viendo perecer en un solo día a sus siete hijos, lo sobrellevó con ánimo constante, por la esperanza que tenía en Dios. Y llena de sabiduría, exhortaba a cada uno de ellos en particular; y juntando un ánimo varonil a la ternura de mujer, les decía: Yo no sé cómo fuisteis formados en mi seno; porque ni yo os di el alma, el espíritu y la vida, ni fui tampoco la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros, sino el Creador del universo, que es el que formó al hombre en su origen, y el que dio principio a todas las cosas; éyl mismo os volverá por su misericordia el espíritu y la vida, puesto que ahora, por amor

lamento brotó con voz exánime y sin timbre de los labios del Redentor, entre los tormentos de la fiebre y las heridas: "Tengo sed". El primer acto de amor que cumple una madre, al tomar en sus brazos a la criatura recién nacida, es darle de beber; y es también el último, cuando esa madre se encuentra a la cabecera del hijo moribundo... La frase de Jesús en la cruz: "Tengo sed", era, pues, para María, como una evocación y un eco de los tiempos lejanos. Cuántas veces el niño, y luego el adolescente, le había repetido aquella palabra en los alegres días de verano, mientras el sol de Palestina vertía a torrentes la luz desde un cielo sin nubes, calcinando los techos de las casacas de Nazareth. Ella solía alzar el niño, el niño de la infancia, observándolo mirando de cerca, observándolo mirando de lejos, con esa mirada profunda que suelen tener las madres... Ahora, también se hallaba muy cerca de él, como en aquellos días calados de Nazareth, pero su hijo ya no le pertenecía a ella. "Consummatum est", dijo Jesús, al rozar con sus labios, quemados por la fiebre, la esponja empapada en vinagre, que un soldado le ofrecía sobre la punta desmenuada de un nuevo de hisopo; luego, recostado en la cruz, como quien quiere descansar, prorrumpió en su grito, sobrehumano por su vehemencia: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Andaba rayana, la hora nona, las tres de la tarde; el dolor de Jesús llegaba a su término con estas palabras; para María, también un aspecto nuevo y aún más profundo y terrible, al paso que crecía el oleaje de su soledad.

En Oriente, dice Francisco Williams, el autor de la emocionante "Vida de María", existe, desde tiempo inmemorial, la costumbre de la lamentación fúnebre. Cuando el último instante se aproxima, toda la familia se recoge en torno del agonizante. Sería la ofensa más grave mantenerse alejado en esa circunstancia. No bien el enfermo exhala el último suspiro, se inicia el primer lamento, expresión de un dolor sincero, aunque este siempre revestido de fórmulas tradicionales. Cabe preguntarse como María y las otras mujeres se comportaron en aquel momento trágico del desenlace supremo; hijas del desconsuelo, ¿se pudieron imaginar la muerte a la muerte, a la trena, si queremos pues reconstruir la escena, en el marco de la vida del tiempo, es menester, sin más, admitir, que a la muerte de Jesús, ellas entraron en la lamentación ritual. Ya durante el camino de la cruz, las mujeres de Jerusalén, según el testimonio de San Lucas, habían iniciado una especie de lamento fúnebre: "Secundum gran multitudinem de pueblo y de mujeres, las cuales se desahacían en lamentos y lamentaban" (23, 27). El mismo Jesús, frente al sepulcro de Lázaro, había llorado tiernamente al amigo querido: "Prorrumpiendo Jesús en nuevos sollozos, que le salían del corazón, vino al sepulcro..." (San Juan, 11:38); porque pertenecía a la más honda psicología humana, enternecerse y llorar, cuando el espíritu se halla sumido

(Continúa en 3ª pág.)



MANTEGNA: "CRUCIFIXION"

JESUCRISTO

De tu costado surge la corriente.
La rueda gira siempre hacia tu lado.

Porque clavado en mi digo tu nombre,
llegado a ti en tu bondad me acallo.

Tu pulso desentume mis caminos
y tu cauce esclarece mis horarios.

Tu pasión incinera mis abrojos
y da salud a mi cambiante barro.

Y si clavado en mi digo tu nombre,
tu nombre es quien me arranca cada clavo.

JOSE ALIB MANZOR

to, sino también de padecer por él" (A los Filipenses, 1, 27). La fe y el dolor son los dos grandes dones gratuitos hechos por Dios a la humanidad.

La grandeza del sacrificio de María se puede apreciar aún más confrontándolo con el sacrificio de la madre Macabea, la cual: "Viendo perecer en un solo día a sus siete hijos, lo sobrellevó con ánimo constante, por la esperanza que tenía en Dios. Y llena de sabiduría, exhortaba a cada uno de ellos en particular; y juntando un ánimo varonil a la ternura de mujer, les decía: Yo no sé cómo fuisteis formados en mi seno; porque ni yo os di el alma, el espíritu y la vida, ni fui tampoco la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros, sino el Creador del universo, que es el que formó al hombre en su origen, y el que dio principio a todas las cosas; éyl mismo os volverá por su misericordia el espíritu y la vida, puesto que ahora, por amor